

RELACIONES ENTRE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA Y LA HERMANDAD DE SAN COSME Y SAN DAMIAN. — III. MISCELANEA DE SOCIOS (*)

Dr. JOSE M. MASSONS

(Barcelona)

UNA ESTAMPA DE LA EPOCA

El día 12 de septiembre de 1888 se celebra en Barcelona el Congreso Médico-Farmacéutico. Se está debatiendo el tema "Manera de armonizar el espíritu y lenguaje del derecho penal con el estado actual de los conocimientos frenopáticos". Todo, al parecer, va como una seda, pero, de pronto, el señor Tuñón "combatió a la escuela metafísica porque sus ideas suponen el alma enferma y estas rancias preocupaciones ya han desaparecido merced al progreso moderno... pudiéndose notar —gracias al microscopio— que las impresiones y sensaciones residen en la materia, etcétera, etcétera".

El doctor Vilató rebatió estos argumentos y unos parecidos que el día anterior había emitido el doctor Giné, el cual tomó la palabra y dijo que "no había negado la existencia del

alma, pero que podía negarse y que no creía en el infierno, en el purgatorio y en el alma humana y que el hombre no era un ser libre y trascendente; que se movía por impulsos externos, por lo que lo del libre albedrío era una mentira, etc...." El señor Valle se dedicó a pulverizar la teoría materialista y protestó de las calumnias contra la Iglesia y defendió el Cristianismo de la Edad Media (aplausos y protestas) y una interrupción del doctor Suñer y Capdevila: Y los árabes, que no eran cristianos ¿no eran civilizados? A lo que se le contestó que la civilización árabe se hundió como se hunde todo lo que no enarbole la bandera del cristianismo y... a los árabes —dijo— ahí los tenéis en el Africa sumidos en la miseria y la ignorancia, sentados en cuclillas, mirando a la Europa cristiana embellecida por todas las maravillas del progreso.

Al decir esto, la confusión entre los

(*) Comunicación desarrollada en la Sesión del día 20-VI-71. Presentación del Académico Numerario Dr. B. Rodríguez Arias.

que aplaudían y gritaban fue grande...

Fue inútil que el doctor Amalio Gimeno, Catedrático de Terapéutica de Valencia, más político que científico (fue más tarde el conde Gimeno) intentara calmar el temporal diciendo: *Hablemos de Medicina*, porque al decir esto se acusaron a gritos unos a otros de provocadores...

La Prensa no profesional habló de *motín*, por lo que el Congreso hubo de remitir notas aclaratorias a todos los periódicos.

* * *

Esta escena a la que lo español puso su acento de violencia, representaba una situación que afectaba a todo el mundo médico. ¿Cómo se llegó a ella?

ETIOLOGIA DE ESTE ESTADO PASIONAL DE LOS MEDICOS

Siempre ha habido gente con convicciones religiosas y siempre también las ha habido con tremendas dudas o sin ninguna creencia.

Pero desde el Edicto de Constantino hasta bien entrado el siglo XVIII, las personas agnósticas no tenían posibilidad de formar un frente o exponer sus opiniones.

La razón es clara. El poder civil había descubierto que era rentable proteger la religión. A la religión era imposible combatirla como no fuese cultivando el género satírico o cómico —recordemos el Decamerón o el La-

zarillo— y aun ello siempre ridiculizando a las personas, no a las ideas. Quienes combatieron a la Iglesia —albigenses o protestantes— eran igualmente religiosos y lo que querían era cambiarla, pero no anularla.

No es hasta Hobbes o Voltaire o Diderot que empiezan los ataques, pero poca cosa hubiese ocurrido de no haber tenido lugar dos hechos. De un lado, la Revolución francesa con todas sus repercusiones y, de otra, los avances en las Ciencias Naturales que abrieron un boquete en la muralla de la Biblia interpretada al pie de la letra.

Es indudable que las obras de Darwin no hubiesen tenido la difusión que tuvieron de no haberse convertido en carga explosiva contra la Religión.

De igual modo, el memorable experimento de Pasteur demostrando que si el zumo de uva se mantenía estéril no había fermentación, se hubiera jaleado muchísimo menos de no haberse convertido en argumento decisivo en contra de la doctrina de la generación espontánea.

Ante este estado de cosas, la Iglesia Católica respondió buscando hombres científicos que la defendieran. Entre otras cosas, había que impresionar a las gentes sencillas (que ahora llamamos masas), que se le iban escapando de las manos, mostrándoles sabios que no se cansaban de repetir, poco más o menos, frases como éstas: *Las armas con que hoy combaten la doctrina católica nuestros enemigos tomadas están en principalísima parte de las ciencias naturales y... nuestro au-*

tor... no solamente echa por tierra los argumentos contrarios, sino que sabe desenmascarar a los enemigos y poner al descubierto sus perversas intenciones y sus FRAUDES científicos.

* * *

La Medicina constituye una rama de las Ciencias Naturales. De aquí que la médica fuese la clase más desafecta a la Religión. Aquella frase de Pío VII al saludar a Laennec: "Medicus pius, res miranda", compendia todo un estado de cosas.

EL CRITERIO CATOLICO EN LAS CIENCIAS MEDICAS

La unión hace la fuerza. Por otra parte, lo peor es el aislamiento. Hay que surtir de argumentos y de entusiasmo a los médicos que viven más o menos aislados; y, sobre todo, hacerles saber que no están solos. Así fue cómo en 1879 apareció en Barcelona una revista —apenas si un cuadernillo semanal— llamada "El Sentido Católico en las Ciencias Médicas".

* * *

Un grupo de médicos fervientes católicos encontraron un caudillo. Era el doctor Jorge Anguera Caylá, quien en unión del doctor Joaquín Cil y Borés (Catedrático de la Facultad de Medicina) (1805-1883), el doctor Fructuoso Plans y Pujol (Catedrático de la de Farmacia) y el doctor Antonio Mir

Casases que, además de médico, era Profesor y Director del Instituto de segunda enseñanza de Tarragona, fundan la Revista, que duró hasta 1888 sin que sepamos la causa de su desaparición, aunque en 1898 reaparece con la variación de nombre: "El Criterio Católico de las Ciencias Médicas".

Cinco años después —en 1884—, el grupo decide asociarse y fundan la Sociedad médico-farmacéutica de San Cosme y San Damián, que tuvo al doctor Juan Samade Auger por su primer Presidente. De todos modos, el caudillo era —en la Revista tenía el cargo de censor— el doctor Anguera. Jorge Anguera estaba en aquel momento con sus 42 años en su apogeo profesional y gozaba de un gran prestigio científico entre sus colegas y de una enorme autoridad moral entre los medios católicos, por su vida de piedad (solía, por ejemplo, acompañar a sus clientes fallecidos hasta el cementerio y dentro del coche hacía rezar el rosario a sus compañeros de viaje) y, además, por su esposa doña Carmen de Sojo, cuya vida de piedad y varias experiencias místicas, algunas de las cuales como dos curaciones súbitas que no pudieron quedar ocultas, fueron del dominio popular. Estremece —a la mentalidad de comodismo de nuestros días— leer la vida de mortificación y penitencia de esta alma cuyo proceso de beatificación fue incoado y hay que admitir que sólo con un marido de acrisolada virtud y firmísimas creencias fue posible todo ello. Las primeras reuniones de la na-

ciente Sociedad tenían lugar en la calle de Canuda, 13. El "Diluvio" exponente y delicia de los anticlericales más exaltados, que hacía con frecuencia blanco de sus invectivas a estos médicos y farmacéuticos, les llamaba despectivamente *la tribu de Anguera*.

LOS HOMBRES DE LA SOCIEDAD Y DE LA REVISTA

¿Cómo eran estos hombres? Eran, sencillamente, hijos de su tiempo. Fieles a una Iglesia ordenancista y puntillosa que ponía la piedad y la obediencia como virtudes principales, se mostraban disciplinados y piadosos.

Así, en varias ocasiones organizan la Fiesta de Santo Tomás de Aquino (el año 1887 predicó en ella el célebre P. Fiter), pero de una manera constante el día 27 de septiembre, celebran la Fiesta en honor de sus Patronos, San Cosme y San Damián, primero con una Misa de Comunión a primera hora de la mañana en la que el Consiliario —que siempre fue un sacerdote de la Compañía de Jesús— dirigía una plática o "fervorín", como también le solían llamar. Después celebraban un solemne Oficio, en el que durante muchos años la capilla de Música y cantores estuvo dirigida, nada menos que por el Maestro Millet, al que asistían las autoridades, lo que les servía para hacer una especie de "recuento de fuerzas". Al día siguiente los Socios oían otra Misa, esta vez en sufragio de los fallecidos en aquel curso académico.

Los sermones del Oficio solemne

del día 27 de septiembre se encargaban a predicadores de categoría, quienes no se distinguían ciertamente por su concisión. De la Fiesta de Santo Tomás del año 1888 leemos que el P. Devant "tuvo suspenso de sus labios, a su auditorio, durante hora y media".

En un par de ocasiones los sermones no se limitaron a recordar que San Cosme y San Damián eran árabes y hermanos y que nada cobraban por su trabajo y que los socios debían imitar tan altos predecesores, etc., etc..., sino que se adentraron en los temas de vitalismo, materialismo, evolucionismo, creación, generación espontánea, etc...

Tal hizo el P. José Lleonart el año 1911 con un sermón en el que vapuleó a Darwin, a Hobbes a Hegel, a las obras de Haeckel con el consiguiente elogio para Pasteur, o el del Canónigo don Ricardo Cortés y Cullerell en la fiesta de 1886, que fue una condena del naturalismo.

En otra ocasión el P. Estanislao Almonacid... demostró *que la poca Ciencia conduce al materialismo, así como la mucha Ciencia conduce a Dios... y las profesiones médicas (eran) sagradas y nobles hasta que el virus materialista se introdujo en ellas en el siglo XVIII*.

A continuación el cronista de este acto pide "que este ejemplo de piedad... abra los ojos de cuantos *desventurados* creen imposible conciliar la Ciencia con la Fe, el estudio de la Naturaleza con la aceptación de lo sobrenatural.

Claro está que aquellos *desventurados* tampoco tenían pelos en la lengua. En el "Sentido Católico de las Ciencias Médicas" se quejan de que el día 22 de febrero de 1883, en el curso de un banquete con el que la Redacción de la Revista la "Independencia Médica" homenajeaba al doctor Jaime Pi Suñer por haber sido nombrado Catedrático de Patología General de la Facultad de Medicina de Barcelona, a la hora de los discursos les llamaron cuervos y escarabajos. O transcriben una circular de la Masonería, la cual abogaba por la cremación de cadáveres, que se despachaba así: "Enorgullecida la Iglesia Vaticana, implacable enemiga del progreso humano... procura mantener en las masas las antiguas opiniones sobre el alma espiritual borradas por la luz de la ciencia presente... hágase notar que el enemigo de la cremación es el sacerdote por la vil ganancia con que quiere especular sobre los cadáveres". A esta violencia verbal no escapaban ni Catedráticos de la Universidad Central. Así el doctor Miguel Morayta llamó al célebre historiador P. Miguel Mir, *ignoto y mamarracho*.

No es de extrañar que la Revista tuviese en sus primeros años una vehemencia especial. Desde las portadas de homenaje a Santo Tomás y a los Santos Cosme y Damián, hasta en sus "palos" a las autoridades por no reprimir severamente el intrusismo —tanto médico como farmacéutico— hacían gala de un lenguaje barroco ingenioso y, en ocasiones, desgarrado. Por ejemplo, a un comentario-réplica

a un discurso materialista del doctor Quet, Catedrático de Santiago, lo titularon "Bostezos y zurriagazos". Otra vez con motivo de una polémica con una Revista de Madrid, para tacharla de falta de originalidad, la llamaron revista de *tijera y de recalentado*. Lo cual no es muy académico.

De todos modos, estas salidas de tono —si las comparamos con las de otras Revistas— eran de un comediemento ejemplar y pegaban siempre sobre seguro. A este efecto, baste recordar que en 1887 al doctor Ubaldo Chico y Franqui, Director de una Revista Farmacéutica de brega, con un nombre tan significativo como *La Vara de Esculapio*, un proceso le costó ocho años —que después el Supremo se los rebajó a cuatro— de destierro a 25 km de Barcelona y el señor Puigpiqué, Director de "El Restaurador Farmacéutico", hubo de cumplir una condena de dos meses en la cárcel de Barcelona por un pleito con los propietarios de la Farmacia Vicente Ferrer. Otros Directores, como el señor Valledor, de la "Revista de Medicina Dosimétrica" de Madrid y el de la "Fraternidad Médica" de Alicante (éste por un artículo que se titulaba "Ni en Africa") fueron procesados, aunque salieron absueltos.

Más tarde —en la segunda época— la Revista pierde agresividad, sin dejar por esto de entrar en polémica cuando convenía. Tal ocurrió, por ejemplo, en 1901, cuando el doctor Blanc y Benet salió al paso de una defensa hecha por el doctor Tarruella (el que fue Presidente del Colegio de

Médicos) en la Revista de Medicina y Cirugía donde decía: que el aborto provocado tiene sus *indicaciones* que el médico *puede y debe* hacer cumplir cuando se le presenten, a su juicio, con toda la fuerza de los hechos clínicos apurados y depurados.

El doctor Anguera fue Presidente de la Sociedad entre 1898 y 1907. Le sucedió otra figura de gran prestigio, el doctor Agustín Bassols y Prim. Vino después el doctor Cirera, del que ya nos ocupamos in extenso. Otro Presidente fue el doctor Federico Corominas Pedemonte, al que sucedió el doctor Barjau, quien cierra la historia de la Sociedad hasta 1936.

INQUIETUD SOCIAL

A través de todos estos años hay unas constantes que permanecen. Ya hemos hablado de la piedad, que hoy quiere suplantarse por la acción social. Pues bien aquellos hombres, unos más y otros menos, sentían la inquietud social y, lo que es más importante, hacían lo que podían para resolver los tremendos problemas que España y Barcelona tenían planteados.

El problema número uno era la tuberculosis y le seguían la mortalidad infantil, las fiebres tifoparatíficas, las enfermedades venéreas, la falta de camas en los hospitales y, por encima de todo, la falta de medios que puede sintetizarse en una palabra: dinero.

No había dinero. Los salarios eran bajísimos cuando se cobraban... porque, de cuando en cuando, surgían ráfagas de crisis industriales y multitud

de gente se quedaba sin trabajo. Todo ello empeorado por la continua afluencia de campesinos —en aquellos momentos de toda Cataluña— que acudían a los centros industriales. Por esto el problema de la vivienda era fabuloso y abundantes los realquilados o los hacinados en pisos minúsculos, sin condiciones higiénicas, con la consiguiente promiscuidad. La escolarización era escasísima. De aquí la abundancia de niños vagabundos —els trinxeraires— y lo que es peor, de niñas de 8 a 10 años desvergonzadas y sucias, vendiendo por las calles paquetes de alfileres, en una palabra, futuras prostitutas. Por otra parte, la ignorancia hacía que pululasen de la manera más descarada, curanderos de todas clases. Aquellos médicos y aquellos farmacéuticos tenían perfecta conciencia de todo esto. Ninguno de ellos sabemos que se enriqueciera, porque era frecuente la visita que en vez de cobrarse costaba dos duros deslizados discretamente en la mano del familiar que acompañaba al médico hasta la puerta en el momento de entregarles el sombrero y el bastón. Esto es lo que ocurría en Barcelona. Tampoco el medio rural era para los médicos ninguna Arcadia. En 1887 apareció en el periódico "La Libertad" de Valladolid el anuncio de la vacante de Llano de Olmedo, con la asignación de 50 pesetas *anuales* para atender 40 familias pobres.

El doctor Bassols, que dedicaba especial atención a la tuberculosis, concretó el programa de actuación de la Sociedad de la manera siguiente:

- 1.º Estudios médico-sociales.
- 2.º Conferencias populares en los Centros obreros.
- 3.º Cursos de especialidades médicas.
- 4.º Excursionismo médico.
- 5.º Léxico catalán de la Ciencia Médica.

Una serie de conferencias que fueron sonadas, por su repercusión, correspondieron al problema hospitalario de Barcelona que originó en 1913 el doctor Bassols. Los oradores fueron H. Sicart, J. M. Bellido, J. Blanc y el propio doctor Bassols.

Pero quien hizo más que nadie fue el doctor Anguera. Sabía que del Estado nada podía esperar, pero sí de la Providencia y de las personas caritativas de las Conferencias de San Vicente de Paúl y creó nada menos que el Sanatorio del Espíritu Santo en Santa Coloma.

PARTIDARIOS Y ADVERSARIOS DE LA SOCIEDAD

No vamos a caer en la candidez de creer que la élite de la clase médica formaba parte de la Sociedad. La verdad es que eran pocos. En los primeros tiempos acudían a las sesiones entre 11 y 15 personas. Pero todo movimiento ya sabemos que es impulsado por unos pocos, unos cuantos más les siguen, hay otro grupo de simpatizantes y una enorme masa neutra que se inclina a donde sopla el viento.

Solamente en una ocasión dispnemos de la lista de socios en los largos

50 años que abarca este análisis. Pero sabemos los nombres de los adictos (los colaboradores de la Revista y los asiduos conferenciantes). Otra cosa conocida —aunque en parte— es la difusión de la Revista por las notas de acuse de recibo de la suscripción anual; se enviaba a toda España y a toda clase de médicos. Así entre las ciudades figuran: Salamanca, Córdoba, Bilbao, Teruel, Castellón, Pamplona, Palma de Mallorca, Toledo, Valencia, Ferrol, Miranda de Ebro.

Tampoco faltaban médicos rurales como los de Cabañaquinta, Muros, Ochandiano y dentro de Cataluña, Lérida, Vich, Valls y entre las pequeñas poblaciones Alcover, Horta, La Roca, Santa María del Corcó, etc.

Y también sabemos de algunos adversarios destacados y famosos. Citemos al Catedrático de Higiene y Rector de la Universidad Rodríguez Méndez, al doctor Giné Partagás, psiquiatra y Catedrático de Patología quirúrgica, al doctor Jaime Pi Suñer, Catedrático de Patología general, al doctor Jaime Ferrán, al doctor Amalio Gimeno; tampoco Letamendi era santo de su devoción.

Volviendo a nuestro tema, la verdad es que figuras que llenaron la vida profesional fueron miembros activos de la Sociedad; de aquí que gran número de ellos perteneciesen a la Real Academia, lo cual prueba dos cosas: una, que era verdad que no había incompatibilidad entre ser un destacado profesional y ser católico fervoroso y, otra, que la Real Academia —y esto es justo reconocerlo— estuvo, como

Corporación, por encima de aquellas lamentables querellas que dividían a los médicos en dos bandos irreconciliables.

Pasemos pues revista individualmente a estos hombres.

LOS PRESIDENTES

No deja de ser curioso el que todos los presidentes de la Sociedad médico-farmacéutica de San Cosme y San Damián del período que comentamos fueron académicos, con la excepción del primero, el doctor Samada, y el último, el doctor José M. Barjau, que murió en plena juventud en la cárcel durante nuestra guerra. Es curioso, pero no es ninguna casualidad. Sencillamente quiere decir que se llamaba para la Presidencia a personas escogidas y que la Real Academia solía ser certera en la elección de sus numerarios.

El doctor Anguera era natural de Reus, se doctoró en Medicina en 1867 y pasó el año siguiente en París ampliando estudios. Muy pronto se impuso científica y profesionalmente de modo que en 1873 —o sea a los 7 años de terminada su carrera— ingresó en la Real Academia de Medicina con un Discurso sobre "Etiología y transmisión de la fiebre amarilla", asunto que le era grato, pues se distinguió por su abnegación y entrega en el brote epidémico que de esta enfermedad hubo en Barcelona en 1870. Otro tanto hizo con el brote de cólera de 1885.

Esta abnegación fue el pan de cada día hasta su muerte y era tal su desprendimiento, que a pesar de ser uno de los médicos más solicitados llegó a pasar en ocasiones apuros económicos. Murió absolutamente pobre, pues al final de su vida todo cuanto tenía era para el Asilo-Sanatorio del Espíritu Santo.

Esta obra la comenzó teniendo ya 78 años con el alquiler en San Adrián de una vieja casa de campo llamada Torre-Roja, compuesta de planta baja y dos pisos. Tras unas obras de acondicionamiento se inauguró el día de su Santo (San Jorge) del año 1917. El falleció un año y medio después (1919) pero su semilla fructificó en lo que es hoy todavía el Sanatorio del Espíritu Santo.

Dejó la Presidencia de la Sociedad el año 1907, a la par que declinó su actividad académica, pero pudo ver cómo su segundo hijo, el doctor Jorge María Anguera de Sojo ocupaba la Secretaría General. Su hijo mayor fue don José Oriol, Presidente de la Audiencia de Barcelona, Gobernador Civil de Barcelona y Ministro de Trabajo durante la República, una de las pocas personas que ningún bando discutía. Una hija fue religiosa Reparadora. Un último hijo, Juan, es médico y vive.

Otro gran Presidente (1907-1915) fue el doctor Agustín Bassols y Prim. Era natural de Olot y allí ejerció unos pocos años después de terminados sus estudios en 1877. En busca de más amplias posibilidades vino a Barcelona en 1882 y sabemos que en 1886 obtiene el nombramiento de médico

auxiliar del Hospital de la Santa Cruz en unión de Sebastián Recasens (más tarde Catedrático de Toco-Ginecología de Madrid) y de Rosalino Rovira, asiduo colaborador de la Sociedad y de la Revista. Excelente clínico, construyó un aparato (el pneumógrafo) que era una modificación mejorada del de Paul Bert.

Su obra predilecta fue la lucha contra la tuberculosis, y a tal fin editó una Revista de divulgación en catalán.

Sus aportaciones a las Sesiones científicas de la Sociedad fueron numerosísimas (varias cada año) ocupándose de casos clínicos vividos por él, de una crítica sobre el anuncio a bombo y platillo que hizo Koch de la supuesta curación de la tuberculosis con la tuberculina, sobre etiología de la tuberculosis. En 1904 enumeró a lo largo de una conferencia una legión de preparados preconizados contra la tuberculosis que hoy nos obligan a echarnos las manos a la cabeza, por ejemplo inhalaciones de formol, inyecciones de nitrato de plata (5 gotas de una solución al 2,5 %) entre el ángulo del maxilar inferior y la clavícula, el fosfato de creosota (porque era el factor que daba energías a los leucocitos), etc... Ingresó en la Real Academia el día 11 de febrero de 1911 y hasta su fallecimiento en 21 de agosto de 1919 fue uno de sus más entusiastas colaboradores. Su discurso de ingreso versó sobre Orientaciones antituberculosas.

Ya hemos hablado del doctor Círrera.

El último Presidente de San Cosme

y Académico fue el doctor Corominas.

Federico Corominas Pedemonte era hijo de un médico, el doctor Corominas Sabater, uno de los grandes colaboradores de la Sociedad —fue director de la Revista al comienzo de su segundo período— que murió prematuramente.

Aparte de unas dotes no comunes de organización y tacto, disponía el doctor Corominas de tiempo a causa de disfrutar de un relativo bienestar económico. Ello explica que su paso por la Sociedad y por la Real Academia fuese fructífero en la organización de cursillos, conferencias, etc...

LOS CATEDRATICOS

A continuación nos ocuparemos de los Profesores de nuestra Facultad de Medicina.

Su paso por la Sociedad adoptó todas las formas imaginables. Unos cuantos entraron en ella al terminar sus estudios, tomando parte activa en la vida de la Sociedad como Secretarios de Actas primero, elementos de la Junta Directiva después, redactores de la Revista, etc., y cuando obtuvieron la Cátedra continuaron igual que antes; los exponentes más claros fueron los doctores Nubiola, Cónill y Peyrí. Otros, sin embargo, una vez Catedráticos se retrajeron, tal fue el caso de Jesús M. Bellido, sin duda por su creciente vinculación al doctor Augusto Pi Suñer.

Otros, finalmente, por ser forasteros, llegaron a Barcelona ya catedráticos; unos colaboraron hasta su fallecimien-

to con gran entusiasmo (el caso más destacado lo constituyó el doctor Martín Vallejo Lobón), mientras que otros al correr de los años e irse retrayendo en todas sus actividades no concurrieron y abandonaron en cierto modo la Sociedad; tal fue el caso de don Eusebio Oliver y Aznar, que figuraba en el Consejo Editorial de la Revista y estuvo encargado del Discurso inaugural del curso 1912-1913, desarrollando el tema "Tuberculosis pulmonar; hemoptisis iniciales". El doctor Oliver llevaba ya entonces bastantes años de Catedrático y hacía 6 años que ya era Numerario de la Real Academia, en la que ingresó en 1906; su discurso versó sobre "Estado actual de la lucha antituberculosa". La verdad es que la vida académica del doctor Oliver Aznar quedó reducida a dar su clase a base de unas lecciones que eran las mismas cada año. No es de extrañar, por lo tanto, que marginara a la Sociedad Médico-Farmacéutica de San Cosme y San Damián.

A propósito de aquellos Catedráticos que con este cargo llegaron a Barcelona vale la pena que nos detengamos en la figura del doctor Vallejo.

Martín Vallejo Lobón era hijo de un médico rural de Villaviudas, aldea entonces de poco más de 1.000 habitantes de la provincia de Palencia. Muerto su padre en una epidemia de tifus exantemático, consiguió con grandes esfuerzos terminar sus estudios de Medicina a los 18 años y por falta de medios económicos ejerció 10 años en una población que no llegaba a los 3.000 habitantes.

En 1891 obtuvo una plaza de Profesor Clínico de la Facultad de Medicina de Valladolid. Perdidas varias oposiciones, ganó por fin en 1898 la Cátedra de Pediatría de Cádiz, que pudo permutar por la de Patología Médica de la propia Facultad. Al fallecer repentinamente el doctor Robert, por concurso de traslado ocupó el doctor Vallejo su cátedra. A poco se hizo socio de San Cosme y colaboró cuanto se le pidió: miembro de la Junta Directiva, conferencias, colaboración en la Revista. El discurso inaugural del curso 1911-1912 corrió a su cargo. Tema: "La predisposición neuropática".

Ingresó en la Real Academia el 9-VI-08 con un discurso sobre: "La voluntad como recurso higiénico".

Falleció en 1919.

Bastantes colegas le recuerdan todavía como al perfecto caballero y compañero de profesión correctísimo.

Como detalle curioso recordaremos que en una conferencia en 1904 se mostró contrario a administrar piramidón en la tifoidea... vemos cómo el tiempo le ha dado ampliamente la razón.

LOS CATEDRATICOS FORMADOS EN LA SOCIEDAD

Es natural que para los jóvenes estudiosos que se preparaban para una Cátedra, la Sociedad y la Revista les ofrecían una plataforma de cierta utilidad. Difusión de sus conferencias, publicación de artículos, se familiarizaban con la polémica, etc...

Es por esto que vemos colaborar en ella a futuros Catedráticos. El record lo bate el año 1911, en cuya Junta Directiva encontramos como Vocales a Pedro Nubiola, a Jesús María Bellido, y de Secretario General al inolvidable Francisco Ferrer Solervicens. Como es natural, estos dos últimos dan conferencias en la Sociedad este año y a Bellido se le encargó la inaugural del curso 1911-1912, que versó sobre "Unidad fisiológica de las funciones digestivas".

Bellido y Ferrer Solervicens obtuvieron la Cátedra en 1916, al propio tiempo que Pedro Nubiola ingresaba en la Real Academia. La Sociedad, justamente orgullosa de aquellos colaboradores, les ofreció una cena de homenaje. Las Cátedras no eran de Barcelona. Pese a todo, hay noticias de que el doctor Bellido siguió colaborando, hasta que se apartó por completo. Esto, no obstante, nunca ocultó sus sentimientos religiosos. Esta circunstancia, unida a la amistad que tenía con el Profesor Juan Negrín y, sobre todo, a su inmensa candidez y buena fe, hizo que durante la guerra civil aceptara el cargo de Comisario de Cultos en un intento del Gobierno de la República para arreglar lo que no tenía arreglo.

Ingresó en la Real Academia en 1921.

El retraimiento del doctor Ferrer Solervicens fue debido —pura y exclusivamente— a motivos de salud.

La trayectoria del Profesor Nubiola fue distinta.

En 1900 empiezan a aparecer ar-

tículos suyos en la Revista. Los primeros no son precisamente de Obstetricia y Ginecología. Se trata de un trabajo sobre la pepsina y de una conferencia sobre Medicina y Bellas Artes. En este mismo año empieza a actuar como Secretario de Actas, sucediendo al doctor Blanc y Benet, y en 1906 le vemos leyendo la memoria de Secretaría —por enfermedad del doctor Joaquín de Riba— en la Inauguración del curso; hace recensiones bibliográficas públicas y a pesar de su juventud le encargan la conferencia en la Sesión inaugural del curso 1908-1909 que versó sobre "Progresos de la Obstetricia".

Ya hemos visto cómo ingresó en la Real Academia en 1916. Al año siguiente ganó la Cátedra.

Incluso después de su jubilación siguió acudiendo a las Conferencias. Por otra parte, desde la Cátedra enfocó los problemas morales de la Obstetricia con una ortodoxia y con una claridad meridianas.

Modelos también de fidelidad hasta el final fueron los doctores Peyrí y Cónill.

Del doctor Peyrí recordamos con delectación dos soberbias conferencias "Metges filòsofs y metges artistes" y "La Iconografia d'uns Sants Metges".

Del Profesor Cónill sólo diremos que pocas veces faltó a las sesiones de trabajo en que se planteaba un tema que entrase de lleno o rozase con su especialidad. Su profundo humanismo, su amplia cultura modelaban sus opiniones científico-morales.

En otras ocasiones, el Catedrático

era un socio más, que no colaboraba apenas con la Sociedad pero "daba la cara" cuando se presentaba la ocasión. Un ejemplo de este tipo de conducta es el doctor Gil Saltor y Lavall, Catedrático, primero de Histología en Valencia, de Anatomía después en Sevilla, de Histología en Zaragoza y en Barcelona y, finalmente, de Patología Quirúrgica en nuestra Facultad. Aparte de esta actividad académica fue Presidente de la Unión Médico-Farmacéutica y Diputado Provincial.

A él se debe que figurasen en la Capilla del Hospital Clínico las dos imágenes de San Cosme y de San Damián.

Fue elegido Académico Numerario, pero no llegó a tomar posesión de su sillón.

Falleció en 1909.

Los miembros de la Sociedad médico-farmacéutica de San Cosme y San Damián, una vez dentro de la Real Academia de Medicina, colaboraron en sus trabajos y en su dirección. Aparte la actividad en conferencias clínicas, fue constante su presencia en la Junta de Gobierno. Así, por ejemplo, en 1911 forman parte de ella los doctores Blanc y Benet, Vallejo Lobón y Oliver y Rodés. Finalmente, uno de ellos, el doctor Corominas Pedemonte, presidió la Real Academia hasta su fallecimiento.

Del mismo modo hemos visto que también los miembros de la Sociedad de San Cosme y San Damián aceptaban toda clase de colaboraciones, como ya hemos visto a lo largo de este trabajo.

Para terminar, pondremos un ejemplo de colaboración que podríamos llamar de última hora. El doctor Felipe Proubasta, que había sido Presidente del Colegio de Médicos e ingresó en la Real Academia en 1912 y su discurso versó sobre "Higiene del parto". Nosotros le recordamos como un asiduo concurrente a las sesiones clínicas de la Sociedad antes de 1936.

Algo parecido ocurrió con el ex-Rector de la Universidad, doctor don Andrés Martínez Vargas, quien no se había distinguido por su vida piadosa, pero ya jubilado, no dejó de asistir, hasta que falleció, a la misa que se celebra el primer viernes de cada mes.

Quedan bastantes nombres por citar, tales el doctor Guerra Estapé, que desarrolló la conferencia inaugural del curso 1913-1914 sobre "El cuerpo humano y la finalidad biológica", o también el General-Médico don Francisco Soler y Garde, del que sabemos de su ingreso en la Academia de Sanidad Militar en 1888. Sus continuos cambios de residencia (por ejemplo, fue nombrado Director del Hospital Militar de Madrid) limitaron su colaboración. Fue Académico en 13-XI-21. Su elogio necrológico lo hizo con gran afecto el P. Jaime Pujiula, el cual merece mención aparte, puesto que no era médico y como tal no era miembro de la Sociedad Médico-Farmacéutica. El P. Jaime Pujiula, con su Laboratorio Biológico en Sarriá (durante unos años estuvo instalado en Tortosa), introdujo a multitud de médicos en las técnicas de la Histología y de la

Investigación, vicariando una función que la Facultad de Medicina no realizaba. Tanto en la Sociedad como en la Real Academia se distinguió por su asiduidad.

Cuando en tiempos de la II República fue disuelta la Compañía de Jesús, la Sociedad, entonces instalada en la calle de Bailén, le ofreció su local para instalar lo que pudo salvar de su Instituto. Un socio benemérito —el doctor Ferrer Solervicens— le albergó en su domicilio.

FINAL

Hemos recorrido 57 años de Historia porque queremos poner punto final en el año 1936. En efecto, la terminación de la guerra civil, que fue el resultado final de todas las intolerancias y sectarismos de todos los españoles, hizo inviable toda posibilidad de discusión de tipo religioso.

Ahora, en la Iglesia y en el campo de las Ciencias Naturales todo ha cambiado tanto que la escena del comienzo de este trabajo hoy día es inconcebible entre médicos y entre biólogos, aunque siga persistiendo el gran interrogante de Dios.

Hemos visto cómo unos hombres —con las inevitables excepciones del fariseo que siempre se infiltra en todo grupo religioso— estaban llenos de caridad y sentían deseos vehementes de ser unos buenos profesionales, pero que eran violentos cuando se trataba de defender el honor de su Dios. Y hemos visto también cómo en el colmo de la sabiduría —no olvidemos que esto ocurría en España— la Real Academia supo acoger a unos y a otros para que dialogasen.

Verdaderamente, sólo por este servicio prestado en aquellos años a la tolerancia, a la ecuanimidad, a la Ciencia y a la Religión, se justificaría su existencia.

Discusión. — El profesor R. Sarró subraya la importancia de la convivencia establecida entre los socios de San Cosme y Damián y nuestra más liberal (en el sentido que se daba entonces a la palabra) Corporación y alaba lo que se realizó en una época de grandísima y múltiple actividad política, trascendente para la historia médica local.

El profesor P. Domingo (Presidente) se asocia a lo dicho y felicita por sus varias aportaciones de crónica muy nuestra al disertante.